





HOTEL PARADIS



Ubaldo Díaz

HOTEL PARADIS



Primera edición: enero 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ubaldo Díaz

ISBN: 978-84-17784-02-7

ISBN digital: 978-84-17784-03-4

Depósito legal: M-2441-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia, por ser mi inspiración.
A mi esposa Jessika, por permanecer siempre.
A mi hijo Ulises, por saber que siempre estaré con él.
A mis amigos, estudiantes y maestros, que de ellos siempre
aprenderé.*



ÍNDICE

CAPÍTULO UNO.....	11
CAPÍTULO DOS.....	23
CAPÍTULO TRES	39
CAPÍTULO CUATRO	53
CAPÍTULO CINCO.....	63
CAPÍTULO SEIS	75
CAPÍTULO SIETE.....	85
CAPÍTULO OCHO.....	97
CAPÍTULO NUEVE	105
CAPÍTULO DIEZ.....	115
CAPÍTULO ONCE	123
CAPÍTULO DOCE	135



CAPÍTULO UNO

Las risas, la música, el exceso, la diversión, todo flotando en el ambiente. Todo viajando como una euforia que estremecía cada rincón del segundo piso del Hotel Paradis. Mientras, en el cuarto 202, una vieja pluma Montblanc danza sutilmente, alejada, distante, dirigida en su agonizante baile por la mano de un anciano; sus trazos son pinceladas de artista, el lienzo en blanco, hojas de papel. Solo las manchas hepáticas revelan que esa destreza viene de un moribundo, de un condenado a vivir su muerte.

A pesar de su agonizante condición, Wiler Carol se obsesionaba con mantener la perfección de su escritura. Una obsesión que había desarrollado durante sus muchos años como periodista del diario *El Sol*, un popular periódico de la capital; y aunque una tos flemática le impedía continuar con el ritmo deseado, su fuerza de voluntad le hacía continuar en su última encomienda.

«Te dirijo estas líneas sin saber quién eres, tan desconocido y tan cierto como todos mis lectores, pero estoy seguro de tu existencia y espero que tú estés seguro de la mía; si no, poco importa. En este momento me dispongo a morir.

»Existen lugares donde la esencia de la persona deja un vestigio, y donde la atmósfera se torna llena de un carácter indiscreto. Existen lugares donde la simple presencia del alma coopera en el viaje de un ignorado ente. Pero hay lugares donde el rastro de las personas es absorbido por un contexto estéril, lúgubre, frío, muerto.

»Son estos sitios donde los espíritus se despojan de calor, donde el portal del más allá abre la puerta que cruzará el alma al dete-

ner su existencia. Sé, pues, bienvenido al Hotel Paradis, donde el hospedaje te deja la sensación de vivir como nunca viviste; donde el viajero, sea cual sea su origen, podrá aguardar su destino entre gritos de paredes y voces del pasado».

Wiler pasó lentamente saliva por la garganta pero, de nuevo, esa tos incesante y tortuosa lo detuvo con abruptas convulsiones. El anciano tomó un poco de valor al ver el agua del vaso junto a la pequeña lámpara y, con un suspiro, continuó tiñendo de moribundas palabras su paisaje literario. El viejo periodista se dio un momento, pensando en los primeros instantes en que observó la maravillosa arquitectura de aquel hotel cinco estrellas y en esa impresionante fiesta que le recibió; tan ruidosa, tan alegre, tan viva, justo igual a la que esa noche, mientras escribía por última vez, se llevaba a cabo.

La atmósfera indiferente del cuarto sombrío se cortaba con la pequeña luz que iluminaba los papeles en blanco; que bañaba a una pluma Montblanc, y a una mano melancólica que no se atrevía a dejar ese instante, de castigada libertad. Wiler sostenía con debilidad, pero con depurada técnica, los trazos con los que plasmaba su testamentaria declaración, rodeado por la presencia de ignorantes testigos de su lamentación.

«La esencia misma de los objetos no es tan diferente a la de las personas; todos tenemos un fin al cual nos encadena el destino. La pluma con la que escribo permanece en su función, como un soldado en la guerra; este papel está complacido de sobrellevar la carga de mis palabras, pues es ese su destino. Y yo, que fui un reportero cubierto de gloria, sin duda me sentía como este bolígrafo al escribir, completamente realizado en mi destino, feliz de ser, por mi naturaleza, el mejor reportero que se había visto en el diario *El Sol*».

La luz de la pequeña lámpara se meneaba al ritmo de una nueva convulsión del enfermo. El compás de aquella luminosa estela parecía un péndulo que marcaba la censura en las letras de Wiler, pero él tomaba de inmediato el escritorio para detener su incómoda crítica y poder continuar con lo que, seguro, era la última carta que escribía.

«Mis manos fueron fieles cómplices durante mi carrera de periodista. Me forjé la misión de ser reconocido, de tener éxito. Nunca detuve mi camino, a pesar de perderme en los senderos de la corrupción; esa corrupción que, en la forma más pura, retuerce la ética de un periodista y te transforma en un monstruo hipócrita que inventa escenarios, que vende amigos, que miente sin remordimiento, que ennegrece el alma por la ambición.

»Nunca pensé que, al entrar en este hotel, mi vida cambiaría por completo. Nunca imaginé que su ambiente modernista y su intento de arte abstracto serían los testigos de mi caída, y que en sus muros se observaría a un condenado antes de ser ejecutado.

»Pero al mismo tiempo, tengo un extraño sentimiento de agrado hacia esas paredes iluminadas artificialmente; es como un síndrome de Estocolmo hacia un edificio. Qué absurdo parece todo... pero no puedo evitar darle el crédito a este hotel, que será el último hogar que veré».

Los ojos de Wiler parecían atrapar las palabras en falsas lágrimas que no terminaban de caer, avergonzadas por la tos del anciano. El escritorio se sacudió nuevamente y el anciano lo detuvo con más firmeza mientras observaba la ventana abierta del cuarto. Se levantó con esfuerzo de la silla y se acercó para echar un vistazo; sus ojos se tornaron nostálgicos al observar el paisaje urbano de aquel río de autos en la avenida Central. Cerró por completo la ventana y se despidió sin discursos, de ese ciudadano cuadro noctámbulo.

Con un silencioso adiós se alejó de la avenida Central, se retiró de aquel caudal de luces y sonidos nocturnos que lo acompañaron todo ese tiempo. No pudo decir palabras, solo trataba de guardar tantos detalles como le permitía su perturbada mente y, por un instante, se sintió como un ave que, enjaulada, veía un bosque arder.

Su mano —más huesos que carne— tomó la cortina y escondió tras ella esa ventana, para no volver a distraerse y continuar con su escritura. Wiler regresó a esa silla y a ese pequeño escritorio que le esperaban con sádica fidelidad; tan fríos y quietos como la muerte

misma, impacientes pero seguros de que el anciano volvería a ellos a pesar de sus lentos pasos.

«El camino que decidí tomar al final de mi carrera fue, sin duda, la máxima falta moral a mi profesión. Debo confesar que al principio veía con disgusto a los reporteros que aceptaban regalos para callar una nota, que se vendían por estúpidos obsequios (como perros entrenados por su amo), pero en ese momento, justo cuando entré en el Hotel Paradis, sentí las mismas náuseas que cuando era joven. Fue una sensación de repugnancia, de odio, de vergüenza, de vómito, de rencor por lo que me había convertido.

»En el *lobby*, el maletín con el rescate no podía ser más pesado. El simple contacto de mi mano con esa valija me helaba la sangre, pero no podía dar vuelta atrás. Aún en este momento, logro recordar el reloj de la gran pared principal marcando las tres, sonando entre la música, una y otra vez. Ese atemporal juez observó mis pasos mientras pensaba en entregar el maletín al secuestrador... No puedo continuar con esa idea».

Los pensamientos de Wiler no lo dejaban seguir escribiendo. Posó la pluma sobre el papel y dirigió su mano a uno de los bolsillos de su saco, sacó un pañuelo gris y enjugó unas cuantas lágrimas; lágrimas que sintió no merecer, que le parecieron un acto de falsa humanidad. El viejo periodista entendió que el llorar por sus pecados condenaba más su alma, por lo que se esforzó por detener su llanto.

«Mis ojos reflejaban mi preocupación pero confieso que el peor delincuente en ese momento, y en ese lugar, era yo; yo fui el que por ambición busqué a uno de los cárteles más sanguinarios del país, con la intención de obtener una entrevista con Mitzrael Bacon, su líder. Yo fui quien presionó a Francis, mi primo y colaborador, para obtener una cita con aquellos delincuentes.

»Ellos aceptaron con un extraño placer, pero era comprensible; ya había entrevistado a forajidos sin repercusiones para ellos y con mucho éxito para mí. Siempre pude dar la seguridad de respetar y proteger a mis fuentes, fueran las que fueran. Pero al estar en esa

casa de seguridad, a las afueras de la ciudad, Francis y yo nunca pensamos que nos tomarían como parte de sus planes para asesinar al senador Guillermo Esparza.

»La entrevista se realizó bajo las condiciones que ellos propusieron. Nada estaba fuera de lo normal, si por normal se entiende visitar a delincuentes en su casa. Pero, de nuevo, mi ambición fue más allá. En un momento comenté mi deseo de estar presente en alguna de sus ejecuciones para observar cómo opera una de las bandas criminales más destacadas del país, pero claro que ellos no aceptaron. Aun así pude convencer a Mitzrael (un ex terrorista que cambió el ideal por el dinero y que decidió crear su propio imperio de terror en este país) de platicar conmigo».

La soledad de Wiler se escoltaba por esa tos, que se volvía cada vez más incontrolable. Wiler presagiaba que pronto escupiría sangre, y con ello su propia existencia. Tomaba un poco más de coraje al observar el agua del vaso y se exigía a continuar con su relato, mientras frotaba sus manos para que no le fallaran en la perfección de sus trazos. Pero el anciano, no podía evitar sentir un poco de suerte por ser tan dedicado, esa escritura era la única obsesión que no le había ocasionado problemas.

«Al hablar con Mitzrael, le convencí de entregarle información del senador a cambio de que me informaran de sus acciones para estar presente; ese trato de inmediato le pareció sospechoso. Sin embargo, al contarle que no había sido la primera vez que apoyaba a los grupos de delincuentes para obtener una exclusiva, su actitud cambió y vio una verdadera oportunidad en mi ayuda.

»Las personas siempre desconfían, parece una programación en su ser y sin embargo, no cualquiera se somete a esa duda, no cualquiera puede seguir el camino de la sospecha. Por ello Mitzrael aceptó, consumido por su ego y por la arrogancia de tener la experiencia de saber cobrar venganza a quien le traicionara.

»Aunque no debo demeritar mi habilidad para mostrar confianza a los demás —una cualidad que me sirvió en más de una ocasión— y a pesar de que no siempre fue sincera mi ayuda, siem-

pre logré convencer a las demás personas de que podrían contar conmigo.

»Al tener tantos años en el medio, obtienes información y amistades valiosas, por lo que no me fue difícil contactar con el senador y obtener de él su bitácora diaria. Tenía en mi poder cada movimiento que haría el político, desde que despertara hasta que durmiera; cada una de sus presentaciones públicas y lo más importante, contaba con los momentos y lugares exactos donde no llevaría escolta».

Estoicos recuerdos llenaron de emoción el pecho del viejo reportero. Apresó su leal Montblanc, la cerró con delicadeza y la guardó en el bolsillo del saco. Se dirigió al baño del cuarto, abrió la llave del lavamanos y permitió por un largo rato que el agua se derramara por el elegante lavabo de porcelana. No hacía más que ver el correr de aquel líquido. Mientras se formaba una suave espuma por la presión, se remojó el rostro y observó críticamente su acabada mirada frente al espejo.

Wiler analizaba cada parte de su rostro, trataba de juntar la imagen que el tiempo le arrebató durante su estadía en el Hotel Paradis, observaba sus iris verdosos mientras corrían por sus párpados gotas de lo que él creía agua. En ese momento, el anciano comprendió que los ojos no son la ventana del alma, que simplemente son las evidencias del pasado; son el camino para llegar al ayer.

De pronto la figura de su pequeña hija le cayó por sorpresa, la pudo ver como si ese espejo fuera la ventana de su antigua cocina; observó a Julieth jugar en el jardín, siempre junto a su hermosa madre. Wiler logró verla corriendo por el único árbol que había en el patio; esa imagen le dolió tanto al anciano que le fue imposible contener el llanto. Solo, en ese baño del cuarto 202, aquel hombre añoró su pasado como nunca antes lo había hecho.

La memoria le envió de nuevo a su esposa Miranda, quien nunca le vio llorar. Wiler recordó cómo ella le sabía consolar con su amor, con su aroma y con su cuerpo. Miranda fue hermosa, y eso

enamoró a Wiler, él no sabía cómo nunca dejó de ser preciosa, nunca dejó de ser una obra de arte; hasta ese accidente donde ella hurtó su carro y nunca regresó.

Wiler permaneció postrado frente al espejo del baño mientras continuaba la llave abierta, formando un hipnótico sonido que le obligaba a seguir recordando. Recordó cómo sufrió al quedarse solo con su hija, recordó cómo la pequeña Julieth sufría cada noche extrañando a su madre. Esos recuerdos le hicieron comprender que, después de la muerte de Miranda, nunca volvió a sentir remordimientos por sus acciones.

La sonrisa de Miranda se proyectó en su mente con un dolor incontenible, el anciano no pudo más y su llanto fue la evidencia de ello pero, cuando pensaba que no podía ser peor, la imagen de su esposa cambió y los ojos de Julieth, su pequeña hija, se colgaron en su mente, pidiéndole que le ayudara.

El viejo se enderezó conmovido, pero decidido a terminar con su carta, cerró apurado la llave del baño y de nuevo se acomodó en el rincón del cuarto. Sacó sollozante de su bolsa la vieja pluma y, con otro suspiro, continuó escribiendo enmarcado en la oscuridad.

«La noche en el restaurante Pierrot fue la culminación de mi carrera periodística. El senador Esparza fue emboscado. Los sicarios irrumpieron en el lugar con furia, impidiendo que alguien saliera o entrara, y cuando todos los comensales se encontraban en el suelo, los asesinos se acercaron con terrible calma a la mesa del aterrado político, disparándole a la esposa y a sus dos pequeños hijos.

»La multitud permanecía mirando al piso, excepto yo, que al saber las intenciones de los hombres, no dejaba de ver la crueldad humana de la que fui responsable. Pude observar cómo aquel hombre gritaba por la vida de su familia y sin piedad recibió un disparo en la frente que lo silenció tan rápido que nadie gritó. Todos en aquel restaurante estaban impactados, y siendo sincero, también yo lo estaba. Todavía tiembla mi cuerpo al recordar esa noche».

Wiler apretó la Montblanc mientras las imágenes de aquel sangriento episodio le llegaron con la misma violencia con la que re-

cordaba la ejecución. No soportó dar más detalles de ese instante, pero el olor a pólvora y sangre comenzó a inundar el cuarto.

El ambiente le fue familiar al periodista. Ese horrible recuerdo le acompañó como una sombra; incesante, constante, obligada por cada pequeña señal de luz en su existencia. Siempre el ambiente a violencia y muerte le tuvo encadenado a un pensamiento: «Fui culpable».

«En otras ocasiones fui responsable de que la delincuencia lograra sus objetivos, ya fuera con narcotraficantes o con políticos; todo para poder tener el dominio de las noticias. Pero en esa ocasión no pude saber que el senador estaría con su familia; pensé, y lo escribo con sinceridad, que estaría solo con una de sus amantes, como ya era costumbre en él.

»Nunca sospeché que la ejecución de esa inocente familia me afectaría tanto, a tal punto que no pude más con mi remordimiento. Esa misma noche dejé mi oficio y traté de corregir mis errores. Me dirigí a la policía y les informé que sabía cómo llegar al líder de los asesinos del senador Esparza. Y de nuevo, mi reputación me apoyó, por lo que de inmediato se planeó, que en el siguiente encuentro, la policía me acompañaría para capturar a Mitzrael.

»Tal y como los oficiales lo planearon, me puse en contacto, junto con mi primo Francis, con los integrantes del cártel y de nuevo vivimos el protocolo de llegar a esa casa de seguridad a las afueras de la ciudad, después la oscuridad en los ojos vendados y, por último, otra casa de seguridad. Pero al entrar, los disparos fueron la bienvenida. La policía había seguido al convoy que nos transportaba y al llegar a la casa de Mitzrael, irrumpieron con todas sus fuerzas. Francis y yo permanecíamos escondidos bajo una mesa, mientras oficiales entraban en la casa disparando sin miramientos a todo lo que se moviera. Muchos integrantes de la banda murieron y otros, muy importantes en esa organización, fueron capturados, pero Mitzrael escapó... ese monstruo logró huir.

»Yo acepté que vendría a por mí cuando me ofrecieron seguridad. Acepté de inmediato, pues no podía dejar de pensar en Ju-

lieth y el peligro que corría por mi culpa, por mi ambición, y por mi remordimiento. Ese pensamiento me mantenía despierto cada noche, esperando que unos disparos detuvieran la noche, me asesinaran y a Julieth, o peor... que la asesinaran a ella y después de verlo, me mataran».

La muerte, fue un pensamiento que a Wiler le detuvo de su escribir. Miró un momento el techo del cuarto y sintió que Miranda le observaba, pero no podía lanzar palabra alguna, ni siquiera se atrevió en pensar en pedirle perdón. El anciano se esforzó por creer que su esposa le perdonaba, aunque nada ni nadie evitara que sufriera por sus acciones.

«Los meses pasaron y me encontré con una extraña sensación de confort, parecía que me había acostumbrado a esos guardaespaldas y que mi vida podía ser normal. Julieth no parecía afectada y ya comenzaba a entablar amistad con los oficiales. Todo parecía aceptable hasta esa tarde, en que las patrullas con las torretas encendidas, llegaron a mi casa para decir con frialdad que habían secuestrado a Julieth al salir del colegio.

»Mi vida se oscureció, todo cobró un tono gris, mi mente recordó todo los temores pasados, mis pesadillas cobraban vida. Mi hija había sido hurtada por ellos, y las ideas de lo que le podrían hacer me inundaron con una furia impotente, con dolor y con rabia. No sabía qué hacer, pero lo que hiciera, debía ser rápido. Y una esperanza tocó a mi vida cuando una llamada telefónica pedía rescate por Julieth, era una cantidad ridículamente grande, pero no me importó; acepté entregársela.

»Recuerdo que hablé con todos mis conocidos para conseguir dinero; políticos, mafiosos, incluso el periódico me dio dinero, y en menos de tres días tenía toda la suma conmigo, justo en el tiempo acordado. Eso me dio la esperanza de tener a mi lado a mi pequeña, de volverla a ver jugando en ese ridículo árbol del jardín, de volverla a ver riendo a mi lado.

»La siguiente llamada me indicó el lugar: el Hotel Paradis, al norte de la ciudad, por la avenida Central, justo frente a las ofici-

nas del Correo Nacional. Las indicaciones fueron muy claras: sin policías, solo me hospedaría en uno de los cuartos, esperaría su llamada y, al ver que nada fuera inusual o sospechoso, ellos irían al cuarto por el dinero y darían la señal para liberar a mi hija, que se encontraría en una de las habitaciones. Pero si algo se presentaba sospechoso, me matarían, y a ella también. En ese instante supe que el dinero no era más que un cobro por mi traición, y que mi vida ya les pertenecía.

»El tiempo de nuevo se contuvo en el instante de una acción. Todo ser se encuentra sujeto a su tiempo, pero el mío no podía continuar. Las personas definimos nuestro estado temporal conforme podemos continuar en las acciones que decidimos, pero yo no tenía fuerza para seguir, no tenía el ánimo de continuar, todo mi ser se desmoronaba y mi tiempo con él.

»La soledad de mi ser no pudo impedir que tratara de ser fuerte, pero el instinto, más que la razón, puede llevarte a dar un paso a la vez para salir de ese oscuro estado que es la desolación y por cierto, ojalá esa soledad nunca la experimentes.

»Me dirigí al hotel, solo, de noche, sin nadie más, y sin nada más que una maleta con dinero y un cuerpo tembloroso...».

El cadavérico anciano estancó su carta ante el sonido de un golpe, se trataba de la puerta del cuarto. Alguien llamó, y con insistencia. Los golpes fueron más y más fuertes, por lo que el viejo se apresuró a contestar. Al llegar, solo logró escuchar una voz que le informaba de una llamada a su habitación, Wiler agradeció bostejando en su rostro una discreta sonrisa.

Wiler se sentó en el borde de la cama tratando de controlar su impaciencia y de inmediato, el teléfono del cuarto comenzó a sonar. Él contestó con un ligero temblor y después de un silencio, escuchó: «Su hija, señor Carol, por fin ha muerto», dijo con calidez y cierta alegría el propio gerente del Hotel Paradis.

El anciano no respondió a la noticia, colgó el teléfono y se levantó con calma, para no perder el equilibrio. Lentamente se dirigió al otro extremo de la cama. Wiler se acomodó en la silla frente

al escritorio donde escribía sus memorias, pero encontró bajo los papeles en blanco una pequeña pistola, la observó un instante y se aseguró de que estuviera cargada; la abandonó un segundo, retomó la Montblanc y escribió con más rapidez sus memorias en el Hotel Paradis.

Después de un par de horas, por fin terminó de escribir. Cerró su vieja pluma y la guardó en la bolsa de su saco, volvió a tomar el revólver, lo apuntó a su decrepita frente y jaló del gatillo con todas sus fuerzas.